ETC

LAS NUEVAS RELACIONES AMOROSAS

# SEXO DEBIL

**Agobiados por el estrés, cada vez más hombres le dicen adiós al sexo. El fenómeno, que comenzó entre los yuppies norteamericanos, víctimas de la tensión por el ansia de éxito social y un trabajo incesante, se ha propagado rápidamente a Europa, de la mano del auge económico. "No existe un hombre nuevo, indiferente al sexo, sino un hombre que se obsesiona con otras actividades para escapar del sexo, porque le produce angustia practicarlo", explican los cuatro especialistas argentinos consultados por Página/12 y que, al compás de la crisis económica, han registrado un aumento en las consultas profesionales. En directa oposición a ello, el escritor español Manuel Vicent propone que los pobres copulen en defensa propia para conquistar el mundo usando sólo el arma del amor.**

# SEXO DEBIL

## LAS NUEVAS RELACIONES AMOROSAS

**POR CLAUDIA SELSER**

Sandy se considera un neoyorquino típico. Ha llegado a los 43 con 45.000 al año, carrera médica que lo ubica en la jefatura del Servicio de Traumatología del Hospital Central de Nueva York, y una hija que prefirió el periodismo a las leyes para no parecerse a la madre. Sandy se siente feliz en su casa de Queens, donde invirtió los ahorros quince años antes, cuando el metro cuadrado no se cotizaba como el oro: el estanque con pececitos naranjas y la parra en el fondo hacen ese lugar perfecto para un solitario como él, con la heladera vacía, la salida a las 7 de la mañana y la vuelta con la corbata relajada y la camisa entreabierta justo a tiempo para las noticias de las 8, cansado, cenado, y listo para meterse en la cama.

Hace ya 9 años que duerme solo. Comparte alguna que otra noche de fin de semana con cualquier colega a la que la soledad o el aburrimiento no le permiten olvidar por un rato tanta víscera y brazo roto. No es que Sandy no hubiera vuelto a pensar en casarse. Al principio consideró la posibilidad muy seriamente. Así fue con Maggie hasta que no pudo seguir tolerando que ella le cambiara todo de lugar mientras le reprochaba su machismo. Después vino Julie, con esa manera de pronunciar las eses, zigzagueantes —imaginaba él— como las caderas de una brasileña. Pero Julie resultó posesiva hasta la asfixia y no le perdonó que nunca la protegiera. Tras ocho meses de incompatibilidades se mudó a la casa de enfrente donde un colombiano suele pegarle aún dos veces por semana.

Después de estos romances todo se redujo a encuentros fugaces donde pone a prueba alguna destreza erótica comentada entre amigos. Las cuentas no le daban: le gustaban las mujeres inteligentes y exóticas, pero ambas características no venían juntas. Aquellas con las cosas claras le resultaban, al tiempo, mortalmente aburridas. Las exóticas terminaban siempre escenificando arranques de locura.

Además estaba el otro tema. ¿Qué quieren? ¿Placer? Pero ¿hasta dónde? Ellas no contestan. Todas dicen al principio que no quieren compromiso ni dependencia y todas van quedándose en el sillón, acomodan de otra forma sus pipas, y terminan deseando un hijo. Todas, sistemáticamente todas, odian sus retratos de leones —treinta y dos en total— que tapizan las paredes del cuarto. Ellos son su único hobby, por alguna extraña razón que Sandy cree hallar en su signo regente, Leo.

Sandy espera todavía que alguna sea capaz de decirle cómo tiene que ser para no tener problemas. Si lo quieren autoritario o superado, niño o padre, tierno o acrobático en la cama. Que le respondan, antes de que la incertidumbre termine haciéndolo renunciar del todo a las noches compartidas, a cuánto llega el placer que les produce —si es verdad que se los produce— y en dónde lo ubican. Confía ciegamente en las estadísticas que afirman que las mujeres tienen orgasmos mucho más intensos que los hombres. De 8,7 contra 6,4. Y que, con tiempo y consagración, pueden repetirse innumerables veces. Las feministas, por otra parte, reivindican la inutilidad de la vagina, y una de sus partenaires confesó que a veces la mejor de las noches no anotaba ningún puntaje en la escala.

El placer se le escapa de las estadísticas y contabilidades. Lo mismo afirma Jim, un amigo que, pese a las evidencias anatómicas, se considera mujer y que comparte con Sandy también la fascinación por los felinos: a ese estremecimiento profundo y errático de 8,7 no puede ubicarlo en ninguna parte.

A veces, cuando lo visita Jackie —ella aún le parece diferente— piensa que está a tiempo de modificar la habitación. A tiempo de dejar un par de leones al pastel bordeando la cama y correr el resto al cuarto desocupado de su hija. El del aire acondicionado que él usa cuando aprieta el calor, donde ya colgó los cuatro paisajes del mar de Norfolk, uno por cada estación, que su madre pintó con la gaviota, el mismo arbusto oscilando de los ocres a los verdes y el agua tranquila, como se veía siempre desde la casa.

Podría correr los cuadros de leones, acomodar la sala de estar para que funcione como antesala amorosa, con las *Playboy* a la vista y el amplio sillón de mimbre. Encontrar algún lugar para no dejar los zapatos desparramados por el piso, allí donde queda el corpiño cuando promedia el whisky y Jackie se anima a contarle su última aventura: en una misma cama, ella y dos residentes de pediatría. Allí donde a Sandy se le acelera un poco el corazón por el relato, por las *Playboy*, por Jackie que, pese a las preguntas, no puede precisar qué son para ella los 8,7. Allí donde ella le dice que no lo acusa por sus pobres capacidades amatorias, que no le pide eficacia sino rélax e imaginación. Allí donde todo comienza otra vez a derrumbarse.

La próxima irá mejor, se consuela sin creerlo demasiado. Como antes, cuando las feministas no habían infiltrado a su mujer, que terminó yéndose de un portazo a ganar 50.000 al año en Washington. Antes de que las mujeres lo llenaran de dudas con sus humores cambiantes, sus exigencias y miserias.

Antes de Jim y los leones, cuando pensaba que él podía hacerlas felices. Cuando no se había inaugurado Juanita's en la 75 y 3ª donde va a tomar tragos, a ver de cerca a los periodistas de la TV y a encontrarse con médicos del hospital celebrando el fin de una guardia de 36 horas. "¿Qué haces el fin de semana?" pregunta un neoyorquino. "El amor", responde otro. Sandy repite el chiste porque con bromas es más fácil hablar de sexo entre hombres. Conoce muchos chistes y cuando un par de cervezas lo ponen en vena llegan a reconocerle cierto parecido con Woody Allen. Le gusta ir allí de vez en cuando porque allí puede hablar de mujeres sin tener que cortejar a ninguna.




# HECHOS IMPU

**POR MANUEL VICENT**

Si el hombre se esconde a la hora de copular con su pareja no es por pudor, ni por miedo a hacer el ridículo, sino por una simple precaución que viene de muy lejos. Durante el acto carnal, el macho pasa por un breve estado de imbecilidad, con la guardia totalmente baja, y en tiempos de las cavernas ese momento de dulzura era aprovechado por el enemigo para darle al Romeo troglodita un garrotazo fatal por la espalda. Desde entonces, el reflejo condicionado permanece. El mensaje del sexo unido a la muerte está grabado, como un binomio inexorable, en el cerebro de los amantes. Los enamorados modernos aún buscan un buen refugio para celebrar un coito fuera del alcance de la policía, de cualquier asociación católica de padres de familia o del navajero forestal que emerge en la oscuridad del parque por detrás del seto. Nada hay más indefenso ni antiheroico que un novio en erecci lo convierte en madamente am

En cambio, ha tenido inco aceptar otros h dicos que el hon zado siempre Todavía puede ágora de Atena unas letrinas donde Sócrate Aristóteles d círculo, escrutá tro mutuamen hablaban sin d ca de la belleza

# SEXO DEBIL

LAS NUEVAS RELACIONES AMOROSAS

**POR CLAUDIA SELSER**

Sandy se considera un neoyorquino típico. Ha llegado a los 43 con 45.000 al año, carrera médica que lo ubica en la jefatura del Servicio de Traumatología del Hospital Central de Nueva York, y una hija que prefirió el periodismo a las leyes para no parecerse a la madre. Sandy se siente feliz en su casa de Queens, donde invirtió los ahorros quince años antes, cuando el metro cuadrado no se cotizaba como el oro: el estanque con pececitos naranjas y la parra en el fondo hacen ese lugar perfecto para un solitario como él, con la heladera vacía, la salida a las 7 de la mañana y la vuelta con la corbata relajada y la camisa entreabierta justo a tiempo para las noticias de las 8, cansado, cenado, y listo para meterse en la cama.

Hace ya 9 años que duerme solo. Comparte alguna que otra noche de fin de semana con cualquier colega a la que la soledad o el aburrimiento no le permiten olvidar por un rato tanta víscera y brazo roto. No es que Sandy no hubiera vuelto a pensar en casarse. Al principio consideró la posibilidad muy seriamente. Así fue con Maggie hasta que no pudo seguir tolerando que ella le cambiara todo de lugar mientras le reprochaba su machismo. Después vino Julie, con esa manera de pronunciar las eses, zigzagueantes —imaginaba él— como las caderas de una brasileña. Pero Julie resultó posesiva hasta la asfixia y no le perdonó que nunca la protegiera. Tras ocho meses de incompatibilidades se mudó a la casa de enfrente donde un colombiano suele pegarle aún dos veces por semana.

Después de estos romances todo se redujo a encuentros fugaces donde pone a prueba alguna destreza erótica comentada entre amigos. Las cuentas no le daban: le gustaban las mujeres inteligentes y exóticas, pero ambas características no venían juntas. Aquellas con las cosas claras le resultaban, al tiempo, mortalmente aburridas. Las exóticas terminaban siempre escenificando arranques de locura.

Además estaba el otro tema. ¿Qué quieren? ¿Placer? Pero ¿hasta dónde? Ellas no contestan. Todas dicen al principio que no quieren compromiso ni dependencia y todas van quedándose en el sillón, acomodan de otra forma sus pipas, y terminan deseando un hijo. Todas, sistemáticamente todas, odian sus retratos de leones —treinta y dos en total— que tapizan las paredes del cuarto. Ellos son su único hobby. por alguna extraña razón que Sandy cree hallar en su signo regente, Leo.

Sandy espera todavía que alguna sea capaz de decirle cómo tiene que ser para no tener problemas. Si lo quieren autoritario o superado, niño o padre, tierno o acrobático en la cama. Que le respondan, antes de que la incertidumbre termine haciéndolo renunciar del todo a las noches compartidas, a cuánto llega el placer que les produce —si es verdad que se los produce— y en dónde lo ubican. Confía ciegamente en las estadísticas que afirman que las mujeres tienen orgasmos mucho más intensos que los hombres. De 8,7 contra 6,4. Y que, con tiempo y consagración, pueden repetirse innumerables veces. Las feministas, por otra parte, reivindican la inutilidad de la vagina, y una de sus partenaires confesó que a veces la mejor de las noches no anotaba ningún puntaje en la escala.

El placer se le escapa de las estadísticas y contabilidades. Lo mismo afirma Jim, un amigo que, pese a las evidencias anatómicas, se considera mujer y que comparte con Sandy también la fascinación por los felinos: a ese estremecimiento profundo y errático de 8,7 no puede ubicarlo en ninguna parte.

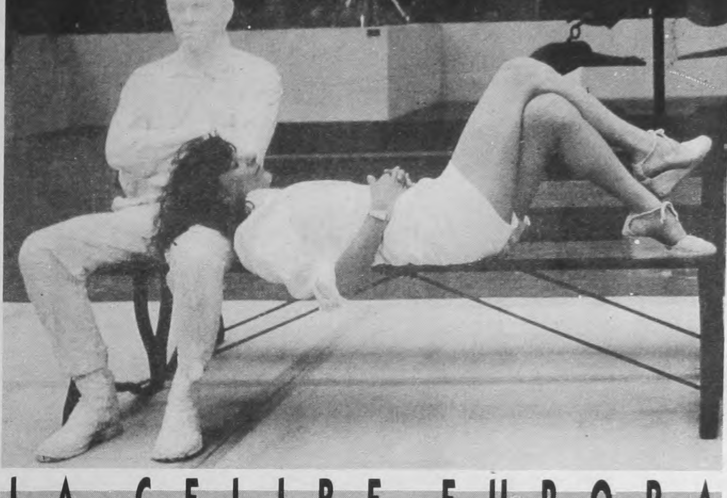
A veces, cuando lo visita Jackie —ella aún le parece diferente— piensa que está a tiempo de modificar la habitación. A tiempo de dejar un par de leones al pastel bordeando la cama y correr el resto al cuarto desocupado de su hija. El del aire acondicionado que él usa cuando aprieta el calor, donde ya colgó los cuatro paisajes del mar de Norfolk, uno por cada estación, que su madre pintó con la gaviota, el mismo arbusto oscilando de los ocres a los verdes y el agua tranquila, como se veía siempre desde la casa.

Podría correr los cuadros de leones, acomodar la sala de estar para que funcione como antesala amorosa, con las *Playboy* a la vista y el amplio sillón de mimbre. Encontrar algún lugar para no dejar los zapatos desparramados por el piso, allí donde queda el corpiño cuando promedia el whisky y Jackie se anima a contarle su última aventura: en una misma cama, ella y dos residentes de pediatría. Allí donde a Sandy se le acelera un poco el corazón por el relato, por las *Playboy*, por Jackie que, pese a las preguntas, no puede precisar qué son para ella los 8,7. Allí donde ella le dice que no lo acusa por sus pobres capacidades amatorias, que no le pide eficacia sino rélax e imaginación. Allí donde todo comienza otra vez a derrumbarse.

La próxima irá mejor, se consuela sin creerlo demasiado. Como antes, cuando las feministas no habían infiltrado a su mujer, que terminó yéndose de un portazo a ganar 50.000 al año en Washington. Antes de que las mujeres lo llenaran de dudas con sus humores cambiantes, sus exigencias y miserias.

Antes de Jim y los leones, cuando pensaba que él podía hacerlas felices. Cuando no se había inaugurado Juanitas's en la 75 y 3ª donde va a tomar tragos, a ver de cerca a los periodistas de la TV y a encontrarse con médicos del hospital celebrando el fin de una guardia de 36 horas. "¿Qué haces el fin de semana?" pregunta un neoyorquino. "El amor", responde otro. Sandy repite el chiste porque con bromas es más fácil hablar de sexo entre hombres. Conoce muchos chistes y cuando un par de cervezas lo ponen en vena llegan a reconocerle cierto parecido con Woody Allen. Le gusta ir allí de vez en cuando porque allí puede hablar de mujeres sin tener que cortejar a ninguna.



LA CELIBE EUROPA

# MANO A MANO CON LA APATIA

**POR RODOLFO CHISLEANSCHI**

Antonio H. tiene 40 años y es un ejecutivo de éxito en una importante empresa de informática. Está casado y siempre ha desarrollado una vida sexual normal... hasta hace ocho meses. "Antes, lo común era hablar de mujeres o de cuestiones relacionadas con el sexo. Pero en los últimos tiempos no sólo he notado que el tema ya no aparece en mis conversaciones, sino que tampoco me atrae demasiado la práctica sexual. Y si cada tanto hago el amor con mi mujer, es para no darle que hablar." Su testimonio es semejante al que pueden oír psiquiatras, sexólogos, psicoanalistas o médicos con inusitada y creciente frecuencia: padece astenia sexual, o sea la disminución acentudada de los impulsos eróticos.

La sociedad masculina española se está encontrando progresivamente con un trastorno que en Estados Unidos comenzaron a reconocer a principios de esta década y que fue llegando a España, en primer lugar, de la mano del auge económico, el afán de competencia y, sobre todas las cosas, del estrés permanente ante exigencias sociales que agudizan la tensión.

El caso de Antonio H. responde a uno de los típicos patrones que posee esta patología que, por supuesto, es perfectamente curable si el paciente toma conciencia de lo que le sucede y le brinda un tratamiento adecuado.

La enfermedad se da comúnmente en hombres jóvenes —entre los 30 y 50 años—, absorbidos por su trabajo, obsesionados por la competitividad que les circunda, cegados por alcanzar metas que eleven su status e irremediablemente estresados, a los cuales se les *olvida* que también el sexo es una fuente de placer.

"No podemos centrarnos sólo en los empresarios o los políticos porque llamen más la atención —afirma el profesor en Psicología de la Universidad Complutense de Madrid y especialista en Sexología, doctor Luis Llavona Uribelarrea—; también tiene astenia el camarero que trabaja 14 horas diarias o el taxista que se pasa medio día sentado al volante." El aspecto físico no puede disociarse del mental a la hora de predisponer a un hombre la actividad sexual.

En esta situación está Fernando G., 31 años, soltero y camarero de un bar madrileño: "Trabajo desde las 8 de la mañana hasta las 8 de la tarde. Cuando me encuentro con mi novia, antes de ir a casa, no me quedan ganas de nada, y en mi día de descanso lo único que quiero es dormir. Entonces, sólo me acuesto con ella cuando me lo pide, porque yo ni pienso en hacerlo".

El doctor Alberto Baixeras, un estudioso de este tipo de enfermedad, añade el factor de la preocupación en la pérdida del apetito por el sexo. "El estrés laboral aparece siempre ligado a la astenia, porque el cansancio físico no basta —por sí solo— para provocarla."

Seguramente no por casualidad, la nueva imagen del triunfador, del "macho", se asocia con esta particularidad. El varón admirado de fines de los años '80 ha dejado de ser aquel que más dotado se halle en el lecho amoroso, para pasar a ser quien más dinero acumula y más alta jerarquía ostenta; el éxito social y no el "rendimiento sexual".

Esta figura triunfal podría estar escondiendo la realidad. "No existe un 'hombre nuevo' indiferente al sexo, sino un hombre que se complica en exceso con otras actividades para escapar del sexo, porque le produce angustia practicarlo", señala el doctor Cecilio Paniagua, miembro de las Asociaciones Psicoanalíticas Americana y de Madrid.

Evaluar estadísticamente el alcance de la astenia en el sexo es un trabajo que las empresas especializadas aún no han realizado con la seriedad suficiente como para merecer una categórica aprobación científica. Tal vez debido a la dificultad de acceder a la intimidad masculina.

De todos modos, el aumento de las alteraciones sexuales no es negado por ningún profesional que reciba consultas referidas a este problema. Ni siquiera el mayor conocimiento general de las distintas facetas de la sexualidad ha logrado disminuir la afluencia de pacientes.

Fue el doctor Flórez-Tascón quien hace algunos años utilizó la frase "erotismo del poder" para explicar la atracción que los puestos de privilegio tienen sobre el hombre. Hoy, dicho "erotismo del poder" es el reemplazante del erotismo que se prodigaba en caricias, besos y juegos amorosos con la compañera de turno, según explica el doctor Paniagua.

La salida más cómoda ante el primer *fallo* en la función sexual —ya sea astenia u otra enfermedad— es echarle las culpas al "otro". En este caso, hay una tendencia bastante difundida en responsabilizar al nuevo papel de la mujer en la sociedad de la indiferencia masculina por las relaciones íntimas. Es una visión deformada de la realidad. "Las diferencias con épocas pasadas —señala el doctor Llavona— tal vez radiquen en que la mujer insatisfecha sexualmente lo manifieste en lugar de callarlo, o en que adopte una actitud mucho más activa y hasta agresiva dentro de la pareja. Pero no puede ser declarada culpable de la astenia del varón: ni por su mayor independencia económica ni por su actividad laboral".

Por el contrario, las representantes del sexo débil (término que suena ahora bastante irónico) cumplen un papel sumamente importante en el tratamiento de las disfunciones sexuales del hombre. William Masters y Virginia Johnson, los más célebres sexólogos mundiales, aseguraban que "en un matrimonio que debe enfrentar cualquier forma de incompetencia sexual siempre están implicados ambos miembros de la pareja". El amor, la confianza, la comprensión, la sinceridad y el interés compartido son fundamentales para resolver estos conflictos.

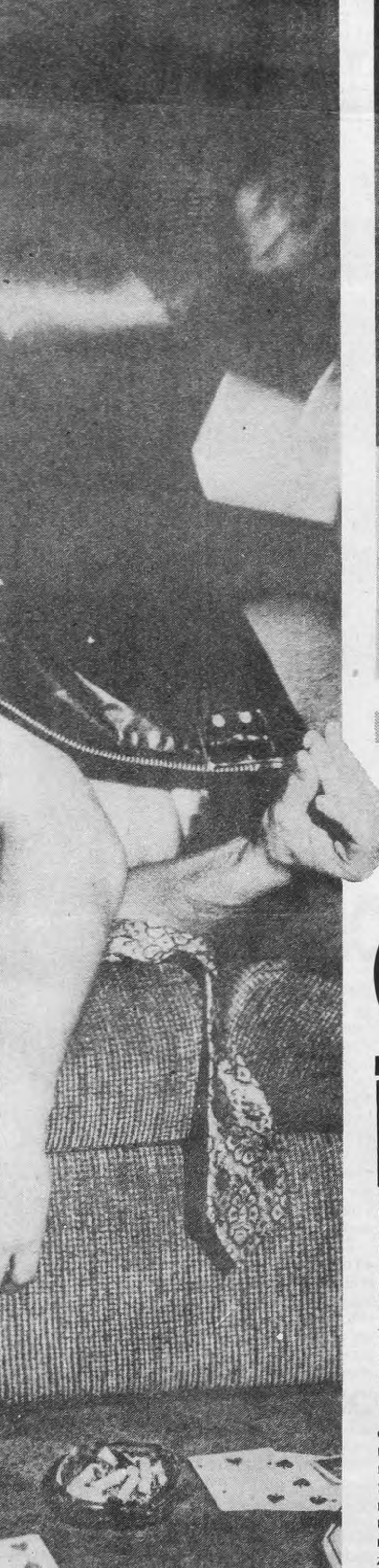
# HECHOS IMPUDICOS

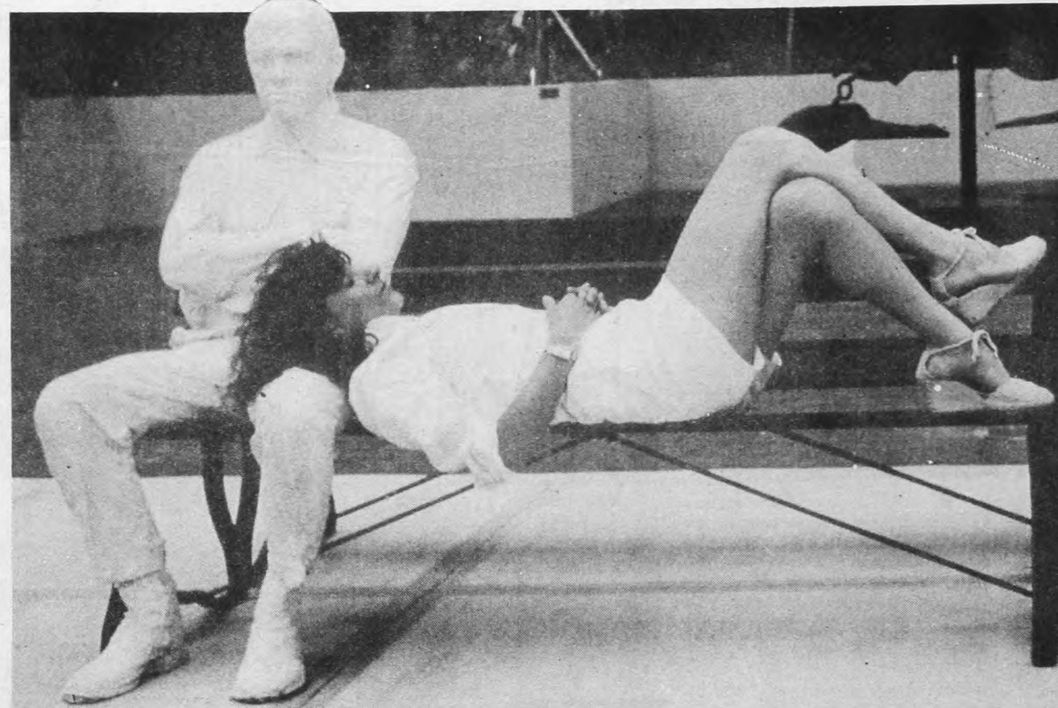
**POR MANUEL VICENT**

Si el hombre se esconde a la hora de copular con su pareja no es por pudor, ni por miedo a hacer el ridículo, sino por una simple precaución que viene de muy lejos. Durante el acto carnal, el macho pasa por un breve estado de imbecilidad, con la guardia totalmente baja, y en tiempos de las cavernas ese momento de dulzura era aprovechado por el enemigo para darle al Romeo troglodita un garrotazo fatal por la espalda. Desde entonces, el reflejo condicionado permanece. El mensaje del sexo unido a la muerte está grabado, como un binomio inexorable, en el cerebro de los amantes. Los enamorados modernos aún buscan un buen refugio para celebrar un coito fuera del alcance de la policía, de cualquier asociación católica de padres de familia o del navajero forestal que emerge en la oscuridad del parque por detrás del seto. Nada hay más indefenso ni antiheroico que un novio en erección. El amor lo convierte en un ser extremadamente amable.

En cambio, la cultura no ha tenido inconveniente en aceptar otros hechos impúdicos que el hombre ha realizado siempre en público. Todavía pueden verse en el ágora de Atenas los restos de unas letrinas al aire libre donde Sócrates, Platón y Aristóteles defecaron en círculo, escrutándose el rostro mutuamente, mientras hablaban sin descanso acerca de la belleza. La historia está llena de semidioses, profetas, reyes y guerreros que vaciaron juntos el vientre en el primer descampado en un acto de hermandad. Y por otra parte el rito deprimente de la mesa, mediante el cual los hijos de Dios se someten a la indignidad de introducirse una lechuga, una costilla de cerdo o una sardina por un agujero de la cara, se considera una fiesta social y en ocasiones algunos se visten de etiqueta para ejecutar esta indecencia.

Pero el trabajo del sexo, origen de la danza, hay que oficiarlo todavía a escondidas porque se trata subliminalmente de un ejercicio antimilitar. En las sociedades heroicas no se permite otro falo ardiente que la lanza, el cañón o el misil con cabeza atómica. Sólo cuando comienza la decadencia, o sea, los largos tiempos de paz, un macho reclinado en los dulces brazos de su amada deja de ser tomado por un sujeto vulnerable. O por una pieza de caza.





LA CELIBE EUROPA

# MANO A MANO CON LA APATIA

**POR RODOLFO CHISLEANSCHI**

Antonio H. tiene 40 años y es un ejecutivo de éxito en una importante empresa de informática. Está casado y siempre ha desarrollado una vida sexual normal... hasta hace ocho meses. "Antes, lo común era hablar de mujeres o de cuestiones relacionadas con el sexo. Pero en los últimos tiempos no sólo he notado que el tema ya no aparece en mis conversaciones, sino que tampoco me atrae demasiado la práctica sexual. Y si cada tanto hago el amor con mi mujer, es para no darle que hablar." Su testimonio es semejante al que pueden oír psiquiatras, sexólogos, psicoanalistas o médicos con inusitada y creciente frecuencia: padece astenia sexual, o sea la disminución acentuada de los impulsos eróticos.

La sociedad masculina española se está encontrando progresivamente con un trastorno que en Estados Unidos comenzaron a reconocer a principios de esta década y que fue llegando a España, en primer lugar, de la mano del auge económico, el afán de competencia y, sobre todas las cosas, del estrés permanente ante exigencias sociales que agudizan la tensión.

El caso de Antonio H. responde a uno de los típicos patrones que posee esta patología que, por supuesto, es perfectamente curable si el paciente toma conciencia de lo que le sucede y le brinda un tratamiento adecuado.

La enfermedad se da comúnmente en hombres jóvenes —entre los 30 y 50 años—, absorbidos por su trabajo, obsesionados por la competitividad que les circunda, cegados por alcanzar metas que eleven su status e irremediablemente estresados, a los cuales se les *olvida* que también el sexo es una fuente de placer.

"No podemos centrarnos sólo en los empresarios o los políticos porque llamen más la atención —afirma el profesor en Psicología de la Universidad Complutense de Madrid y especialista en Sexología, doctor Luis Llavona Uribelarrea—; también tiene astenia el camarero que trabaja 14 horas diarias o el taxista que se pasa medio día sentado al volante." El aspecto físico no puede disociarse del mental a la hora de predisponer a un hombre a la actividad sexual.

En esta situación está Fernando G., 31 años, soltero y camarero de un bar madrileño: "Trabajo desde las 8 de la mañana hasta las 8 de la tarde. Cuando me encuentro con mi novia, antes de ir a casa, no me quedan ganas de nada, y en mi día de descanso lo único que quiero es dormir. Entonces, sólo me acuesto con ella cuando me lo pide, porque yo ni pienso en hacerlo".

El doctor Alberto Baixeras, un estudioso de este tipo de enfermedad, añade el factor de la preocupación en la pérdida del apetito por el sexo. "El estrés laboral aparece siempre ligado a la astenia, porque el cansancio físico no basta —por sí solo— para provocarla."

Seguramente no por casualidad, la nueva imagen del triunfador, del "macho", se asocia con esta particularidad. El varón admirado de fines de los años '80 ha dejado de ser aquel que más dotado se halle en el lecho amoroso, para pasar a ser quien más dinero acumula y más alta jerarquía ostenta; el éxito social y no el "rendimiento sexual".

Esta figura triunfal podría estar escondiendo la realidad. "No existe un 'hombre nuevo' indiferente al sexo, sino un hombre que se complica en exceso con otras actividades para escapar del sexo, porque le produce angustia practicarlo", señala el doctor Cecilio Paniagua, miembro de las Asociaciones Psicoanalíticas Americana y de Madrid.

Evaluar estadísticamente el alcance de la astenia en el sexo es un trabajo que las empresas especializadas aún no han realizado con la seriedad suficiente como para merecer una categórica aprobación científica. Tal vez debido a la dificultad de acceder a la intimidad masculina.

De todos modos, el aumento de las alteraciones sexuales no es negado por ningún profesional que reciba consultas referidas a este problema. Ni siquiera el mayor conocimiento general de las distintas facetas de la sexualidad ha logrado disminuir la afluencia de pacientes.

Fue el doctor Flórez-Tascón quien hace algunos años utilizó la frase "erotismo del poder" para explicar la atracción que los puestos de privilegio tienen sobre el hombre. Hoy, dicho "erotismo del poder" es el reemplazante del erotismo que se prodigaba en caricias, besos y juegos amorosos con la compañera de turno, según explica el doctor Paniagua.

La salida más cómoda ante el primer *fallo* en la función sexual —ya sea astenia u otra enfermedad— es echarle las culpas al "otro". En este caso, hay una tendencia bastante difundida en responsabilizar al nuevo papel de la mujer en la sociedad de la indiferencia masculina por las relaciones íntimas. Es una visión deformada de la realidad. "Las diferencias con épocas pasadas —señala el doctor Llavona— tal vez radiquen en que la mujer insatisfecha sexualmente lo manifieste en lugar de callarlo, o en que adopte una actitud mucho más activa y hasta agresiva dentro de la pareja. Pero no puede ser declarada culpable de la astenia del varón: ni por su mayor independencia económica ni por su actividad laboral".

Por el contrario, las representantes del sexo débil (término que suena ahora bastante irónico) cumplen un papel sumamente importante en el tratamiento de las disfunciones sexuales del hombre. William Masters y Virginia Johnson, los más célebres sexólogos mundiales, aseguraban que "en un matrimonio que debe enfrentar cualquier forma de incompetencia sexual siempre están implicados ambos miembros de la pareja". El amor, la confianza, la comprensión, la sinceridad y el interés compartido son fundamentales para resolver estos conflictos.

## DICOS

n. El amor
n ser extre-
ble.
cultura no
veniente en
chos impú-
ore ha reali-
n público.
verse en el
os restos de
aire libre
, Platón y
ecaron en
dose el ros-
, mientras
canso acer-
La historia

está llena de semidioses, profetas, reyes y guerreros que vaciaron juntos el vientre en el primer descampado en un acto de hermandad. Y por otra parte el rito deprimente de la mesa, mediante el cual los hijos de Dios se someten a la indignidad de introducirse una lechuga, una costilla de cerdo o una sardina por un agujero de la cara, se considera una fiesta social y en ocasiones algunos se visten de etiqueta para ejecutar esta indecencia.

Pero el trabajo del sexo, origen de la danza, hay que oficiarlo todavía a escondidas porque se trata subliminalmente de un ejercicio antimilitar. En las sociedades heroicas no se permite otro falo ardiente que la lanza, el cañón o el misil con cabeza atómica. Sólo cuando comienza la decadencia, o sea, los largos tiempos de paz, un macho reclinado en los dulces brazos de su amada deja de ser tomado por un sujeto vulnerable. O por una pieza de caza.

# EL ULTIMO TANGO EN LA ARGENTINA



Las consultas a los sexólogos argentinos no parecen ser tan frecuentes como las visitas al dentista, pero son más de las que se piensa y mayoritariamente realizadas por hombres. En ellos, la causa más común es la eyaculación precoz y , entre las mujeres, la anorgasmia. Pero hay otro tema que preocupa a las parejas y termina llevándolas a los consultorios: la falta de "deseo sexual". En la intimidad, muchos encuentran en estos días a un tercero en discordia —la radio o la televisión— de quien esperan los anuncios del ministro de Trabajo o la cotización del dólar. Tanta atención puesta en los vaivenes económicos hace que a la hora de las relaciones sexuales ya no queden ganas. Los especialistas lo confirman: en épocas de crisis, la gente está estresada y como consecuencia lógica se observan casos de falta de deseo sexual.

El Dr. Juan Carlos Kusnetzoff, encargado del Consultorio de Sexología Clínica del Hospital de Clínicas, explica que "no hay un problema específico de la crisis, no hay una causa única para que se produzca un síntoma sino diferentes causas de tipo biológicas, psicológicas y sociales que confluyen". Sin embargo, como dato curioso reconoce que desde principios de este año las consultas se incrementaron en el hospital en aproximadamente un 20 por ciento y que en los meses de junio a agosto, cuando la crisis económica era más visible, las visitas disminuyeron considerablemente. "La gente —indica Kusnetzoff— no sólo no tenía dinero para viajar, sino tampoco tiempo como para ocuparse de sus trastornos sexuales. Cuando la situación se estabilizó, inmediatamente se volvió a la normalidad."

Para Carlos Israelson —del equipo de Disfunciones Sexuales del Sanatorio Güemes— "cuando es época de crisis, se observan muchos casos de falta de deseo sexual entre gente que está estresada. Los pacientes comentan que están con pocas ganas y esto se debe a que tienen la libido puesta en la subsistencia". En su caso, también notó un aumento en las consultas por este tema desde marzo.

"Todas las crisis tienen repercusión sobre la sexualidad de la gente", sostiene el Dr. León Roberto Gindin. Sin embargo, indica que "pensar que si a una pareja le va mal, no puede tener relaciones es una idea errónea, porque nunca —ni en las peores crisis— se abandonó totalmente el sexo". Por su parte, la licenciada Claudia Groisman piensa que el ejercicio de la sexualidad no es algo mecánico ni cuantificable. Por eso, considera que la buena relación sexual de una pareja no debe medirse por la cantidad de coitos que tenga. Para ella no hay una sino varias sexualidades: cada pareja puede establecer el vínculo que más le guste. "En épocas de crisis —dice— tal vez haya ausencia de coito, pero la gente se contiene desde otros lugares, tiene un sentido más solidario y de placer más extenso."

El tipo de tarea también influye en la sexualidad. Gindin indica que desde hace aproximadamente un año observa que un 70 por ciento de las personas que atiende son operadores de computación o se ocupan de algo relacionado con esta actividad. Estas personas tienen conflictos de pareja porque al estar tanto tiempo frente a la computadora libidinizan su relación con la máquina y se aíslan del mundo. "El sexo —dice Gindin— tiene que libidinizarse permanentemente y el aislamiento no lo favorece."

Kusnetzoff asegura que en su hospital hay cada vez más consultas de profesionales y pequeños empresarios, especialmente hombres: "Esto se debe al grado de inmersión social de la mujer que generalmente no reclama". Por su parte, Israelson dice que "la crisis económica influye en igual medida en hombres y mujeres, sólo que en el varón es más evidente porque no puede fingir una erección. Todo lo que pasa genitalmente en un varón se ve; en cambio, las mujeres pueden llegar a fingir un orgasmo".

El SIDA es otro tema preocupante y que genera posiciones encontradas. Para Claudia Groisman "en los últimos años cambió el comportamiento sexual de la clase media a partir de la aparición del SIDA. Esto es un límite más notorio que el que puede poner la crisis económica. El SIDA es un riesgo para la vida, entonces se tiene en cuenta si se tendrán relaciones con o sin coito". "La revolución sexual de los '60 —dice— llegó a la sociedad argentina con 20 años de retraso y al poco tiempo llegó el SIDA." Israelson no comparte esta posición e indica: "El SIDA no repercutió tanto. Esta sociedad no es muy promiscua para relacionarse sexualmente. Es un poco como el fantasma de la sífilis entre los muchachos de otras épocas. No descalifico al tema, pero creo que la transmisión del virus se da más por el uso de drogas que por el contacto sexual".

## LA PASION COMO VIRTUD

**POR MARIANA TABOADA**

Se escucha por ahí que no hay nada más ridículo que una carta de amor. La ciudad ya no necesita sólo de señoritas con labios pintados de negro y con la mirada siempre un poco más allá, para atender a juicios supremos tales como "las películas de François Truffaut han sido excelentes parodias" o "los sentimientos me aburren o son obscenos, indecentes o de una irremediable estupidez". Hoy esta "magnífica sapientiae" recorre lo más in, lo más chic de la colonia de eruditos. Y hay quienes que, con cierta perplejidad, callan y tararean alguna estrofa de Tony Bennett muy para adentro, sabiéndose en el límite de lo infrahumano. Y así será no más. Es probable que Alfredo ya no le cante su pasión a Violeta languideciente y tuberculosa porque ya no habrá camelias ni bacterias tan dignas de "una muerte por amor". Hoy hay SIDA y nadie quiere cantar. Absortos, los que quedaron a un lado de la historia, caminan por Corrientes buscando algún "te quiero Lulú" cayendo de un libro viejo que rememore la pasión como virtud.

Zaratustra ya decía: "Se acerca el tiempo en que el hombre no pondrá más estrellas en el mundo", mientras conjuraba: "¡No arrojes lejos de ti al héroe que hay en tu alma! ¡Santifica tus más altas esperanzas!". A dos siglos del romanticismo y muy cerca de la pavada, las esperanzas no murieron; se conocen con el nombre de "utopías posibles". Y las cartas de amor no se escriben tan sólo porque falta talento.

Es comprensible. De pronto la tierra se quedó sola, sin cielo y sin infierno. Y los misiles salieron de los inodoros. Ya no hay vida eterna ni final feliz, pero no por ello es más blanco lo que dura mucho tiempo, que lo que dura un solo día. Eurídice lo sabía. Podía haber retornado con los mortales, a condición de recorrer el infierno sin mirar la cara de su amado Orfeo. Pero lo miró, y fue fantasma para siempre. En estos tiempos Eurídice habría elegido a los demonios antes que padecer un minuto más la agobiante vida conyugal que le proponía Orfeo. O no. Esa mirada hubiera sido sublime y absurda.

A convencerse: ya no hay amor; hay seducción, y lo que antes era sólo una guerra para héroes, hoy se dice que "en vena sentimental, el sujeto no habla más que de pequeñeces".

Despojados de todos los valores que nos ayudaron a vivir y a padecer, ya nadie sabe con seguridad si amar es pecado, si llorar es delito o matar es una obra de bien. No cabe duda. El desconcierto reina. Pero alguna pasión minúscula, insignificante, podría salir de un chicle globo con sorpresa. Si esto ocurre nacerán dioses con agallas que sabrán morir junto con los hombres, y Ulises se anudará flojamente al mástil para así sucumbir al canto de las sirenas, y otra guerrera esperará tejiendo y destejiendo una mortaja, esa carta de amor que ella bien sabrá escribir.

## EL ARMA DEL AMOR

**POR MANUEL VICENT**

Un día no lejano los pobres van a conquistar todo el mundo usando sólo el arma del amor, ese juguete del sexo que Dios nos ha regalado. Así han caído siempre los imperios de la tierra. No es la guerra o el asedio violento lo que destruye una civilización, sino esa lenta e implacable labor de zapa del instinto genésico que se realiza en nocturnidad sobre infinitos petates a la vez a cargo de los bárbaros. En la lucha entre varias culturas al final vence aquella que fornica más. Este planeta tiene ahora cinco mil millones de seres humanos y algunos son todavía rubios, altos y ricos, los cuales fabrican bombas y bombones, usan papel higiénico color de rosa y apenas se reproducen, y no obstante se creen los amos, puesto que viven anegados por la abundancia en sus reservas de Europa y Norteamérica, pero en realidad ya están cercados, aunque ellos juegan a ignorarlo, mientras se calan el preservativo. La naturaleza es una madre muy equitativa: a los ricos les da ametralladoras y a los pobres les concede fecundidad. Sin duda este último armamento es más terrible.

Desde la cumbre del imperio occidental donde habita un residuo de blancos anglosajones, se escucha el fragor del resto de la humanidad formado por negros miserables, indios podridos, árabes infectos y latinos con costra. De noche, cualquiera puede oír sus gritos de amor o de deseo en el momento de aparearse a ciegas, y esos gemidos de placer en las tinieblas, que en realidad son himnos de guerra, constituyen la amenaza mayor para los rubios privilegiados, tan exquisitos, armados y estériles. Los pobres están fuera de las murallas. Allí se multiplican en progresión geométrica y cada criatura que arrojan a la luz es una nueva bomba cebada por el hambre. Los pobres copulan en defensa propia de un modo desesperado. Utilizan el sexo como un rifle. Disparan confusamente, pero una ley inexorable los conduce a sobrevivir, a ganar esta batalla por inundación general. Creo que el capitalismo será vencido por el sexo. Sólo con ese juguete se podrá asaltar el Palacio de Invierno.